

es una tentativa de aplicar a la vida americana categorías y conceptos europeos. No es que la pregunta no tenga sentido; lo que pasa es que deben emplearse cautelas especiales al intentar responderla. La fluidez y la movilidad de la sociedad americana no consiente que se transfieran más allá del Atlántico los sistemas relativamente rígidos del viejo mundo; no existe en la lengua americana un equivalente al término «intelligentsia»; el epíteto «high brow» se aplica al individuo, pero no al grupo.

Los intelectuales americanos no forman una clase al modo de sus colegas europeos, y tienen un grado de cohesión inferior, incluso, al de otros grupos de la sociedad americana, a los campesinos o a los hombres de negocios, por ejemplo. Consecuencia de esto es la falta de instituciones especiales que los pongan en condición de hacer sentir su peso sobre el Gobierno y sobre la sociedad. Ningún Oxford ni Cambridge garantizan su acceso al mundo del poder o de la política. Ninguna Cámara de los Lores acogerá a su vejez su testamento de sabiduría o de lugares comunes.

No es la Universidad la única formadora de la clase dirigente. Su función no es la de formar una «intelligentsia», sino la de fundir la heterogeneidad de la sociedad americana en una unidad funcionante. Es sintomático que un alto porcentaje de los hombres-guía de la nación hayan abandonado la Universidad sin haber concluído sus estudios.

Dar al público lo que el público quiere es una norma que no siempre acepta el intelectual del viejo mundo; en América, donde la norma es respetada rigurosamente en el comercio y en la política, oponerse a ella en el terreno del pensamiento y de la cultura presenta bastantes dificultades.

El aislamiento del intelectual se acentúa por la falta de una verdadera capital en un país tan vasto. Lo mismo para el pequeño intelectual que para el juez de la Corte Suprema o para el gran escritor. No se ha de tener en cuenta solamente la actitud filistea de la provincia, sino también la distancia física, obstáculo imposible de omitir en las relaciones humanas de interés y mentalidad. Formar una comunidad de espíritus a través de un continente es una ardua empresa. Ahora bien, no es

esto solamente un mal como se puede comprender considerando el daño que la excesiva centralización del poder ha causado en varios países europeos, aunque cuanto más sana es la circulación de las ideas en América más difícil es la unión de las fuerzas intelectuales en un bloque con el peso político. Más difícil, pero no imposible.

América no cree ni siquiera poder confiar la dirección de la educación a sus intelectuales. Las universidades continúan siendo instituciones privadas bajo el control más o menos directo de los hombres de negocios, de las sectas religiosas o del Estado. En el curso de la batalla por la libertad académica a nadie le ha pasado por la cabeza dar a los profesores al autogobierno. Y así presentadas las cosas, hay dos tentaciones para el intelectual. La de recluirse en sí mismo, en el misterio del propio trabajo, convirtiéndose en un especialista al abrigo del mundo exterior, sobre todo cuando el objeto de su estudio es susceptible de abstraerlo de las opiniones corrientes y la de renegar de su propia calidad de intelectual ostentando modos, gustos y lenguaje de hombre común, imitando procedimientos y costumbres del hombre de negocios. Este, por paradoja, es el camino para llegar a Presidente de Universidad. Entre estos dos escollos navega el intelectual americano, que tiene sobre sí una larga serie de notables éxitos y el hecho de vivir en un país con una sólida tradición de respeto por la libre investigación. Es, en definitiva, el único americano capaz de ejercitar el derecho de decir lo que piensa. Parece poco, pero es quizá bastante.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

BOBBIO (Norberto): *Introduzione all' inchiesta su «intelletuali e classe politica»*, en «Occidente», año X, número 1, enero-febrero 1954, páginas 8-12.

Este artículo es, en realidad, un preámbulo al número monográfico de la revista *Occidente* dedicado al problema de las relaciones entre los intelectuales y la política. Para que tenga sentido tal problema son necesarias dos condiciones preliminares: 1) Que los intelectuales constituyan, o crean cons-

tituir, en un determinado país, una categoría sustantiva. 2) Que esta categoría de personas tenga, o crea tener, una función política propia que se distinga de la de todas las demás categorías o clases componentes de aquella determinada sociedad.

A juzgar por los artículos contenidos en esta revista, parece que los resultados a que llegan los diversos autores son diferentes según se trate de países anglosajones o de países continentales. En los primeros no existen las dos condiciones apuntadas, y, por tanto, el problema o no tiene sentido o está desenfocado. El problema es más vivo en los países continentales. Basta para probarlo el hecho de que en Francia, como en Alemania, en Italia y en España, el tema ha sido continuamente objeto de investigaciones y de discusiones apasionadas, pudiéndose recordar, por no citar más que los casos sobresalientes, varias obras características. La de Julien Benda, *La trahison des clercs*; Karl Mannheim, *Ideologie und Utopie*; Ortega y Gasset, *Vieja y nueva política, España invertebrada, La rebelión de las masas*; Benedetto Croce, *Storia d'Europa*.

Tales posiciones pueden esquemáticamente resumirse de esta manera: 1) El intelectual no tiene un cometido político, sino eminentemente espiritual (Benda). 2) El cometido del intelectual es teórico, pero también mediatamente político, porque a él toca elaborar la síntesis de las diferentes ideologías abriendo paso a nuevas orientaciones políticas (Mannheim). 3) El cometido del intelectual es teórico, pero también inmediatamente político, porque a él sólo compete la función educadora de las masas (Ortega). 4) El cometido del intelectual es también político, pero su política no es la ordinaria de los gobernantes, sino la de la cultura, y es una política extraordinaria adaptada a las épocas de crisis (Croce).

Evidentemente en cada una de estas afirmaciones se contiene más o menos abiertamente un peligro de degeneración, lo que explica otras afirmaciones, acaso más difundidas. Por ejemplo, si se habla con una cierta aprehensión del problema de las relaciones entre los intelectuales y la clase política ello depende del hecho de que se atiende a la caricatura de estas cuatro afirmaciones más que a su genuina expresión.—
SALUSTIANO DEL CAMPO.

SAXE (J. W.): *Intellectual classes and ruling classes in France: a second look*, en «Occidente», año X, núm. 3, mayo-junio 1954, págs. 349-368.

Gran parte de lo que Max Beloff afirma en su artículo acerca de los intelectuales franceses y los grupos políticos durante la tercera República (publicado en *Occidente*, 1954, núm. 1) es exacto y aceptable, pero la descripción que hace y el análisis de la situación en esta última post-guerra es más discutible. Por lo pronto, sus afirmaciones acerca de Laniel y Pinay, a los que caracteriza como industriales provincianos con todas las notas de la clase social de la que provienen, no son exactas en lo que se refiere a Laniel, unido por sus intereses financieros a los ambientes financieros internacionales. Precisamente las distintas condiciones de uno y otro ministro explican en cierto modo su distinta actividad.

Una característica notable de la post-guerra francesa es el número crecido de intelectuales convertidos en políticos. Así, Edgard Faure, joven abogado vinculadísimo a los ambientes intelectuales de París; Jorge Bidault, un historiador de valía; Guy Mollet, un filólogo; Marcel Naeguelen, poeta y dramaturgo; Jacques Soustelle y André Malraux, escritores famosos. Hay intelectuales en todos los partidos, incluso en aquellos de formación más reciente. Por ejemplo, el socialista. En el orden de lo que llamaríamos las izquierdas, es más de notar la presencia de los intelectuales. Las derechas no han encontrado la misma ayuda intelectual, y hasta hoy Charles Maurras no ha tenido quien le sustituya. No se trata de que los intelectuales en su conjunto desarrollen una gran actividad política; lo más claro en este proceso está en la ocupación de los puestos importantes del servicio civil por parte de los intelectuales. Esto se originó en la resistencia y sin duda ninguna en la creación de «L'école National de l'Administration», que ha cambiado sustancialmente la antigua estructura aristocrática de la burocracia. Es significativo que un intelectual, Michel Debre, haya sido el artífice de la transformación.

Max Beloff afirma que los intelectuales durante este período no han dado a Francia sino alguna que otra pseudo-